

SECCIÓN 5.<sup>a</sup>

## TERCER PERÍODO DE LA EDAD MEDIA.

## SIGLO XIII.

Pronúnciase cada vez más la reforma ya comenzada: rómpense las tradiciones, y se inicia en el traje un nuevo carácter, aquel carácter típico que á impulsos de la severidad, corrección, pureza de líneas y finura de detalles de un estilo colmado de inspiración, tomará vuelo como la arquitectura, y cual ella vendrá desplegando sus ingeniosidades y florecencias, sus prismas y filigranas, sus encantos y su maravillosidad.

Inaugúrale este siglo con buen pié, sobre un delicado sentimiento estético de la proporción, sencillez, armonía, etc. Ropas lisas, ni largas ni cortas; sustitución de las grandes mangas, por manguillas ó mangas tendidas, que encuadran el busto sin coartar la acción del brazo; amictos adherentes, en feliz combinación con el resto; cubiertas armónicas; calzado fino, y para el bello sexo, vestidos los más naturales y tocaduras las más coquetas: hé ahí bajo que rasgos se destaca la nueva reforma.

Cualesquiera monumentos de principios del siglo, esculturas, miniaturas, sellós, imágenes, etc., ofrecen esta recomendable sencillez, bastando citar para ejemplo entre muchos nuestros, los capiteles claustrales de la Seo Tarragonesa, estátuas de varias procedencias, una

Bíblia del cabildo de Vich, el libro *Feudorum Ceritanicæ*, y otros de Poblet y Ripoll, guardados en el Archivo de la Corona de Aragon. Una túnica reducida, sayal ó gonela,



197

198

Españoles.

ceñida casi siempre, de manga justa y sin aliños, sirve promiscuamente á señores, labriegos y militares, con



199



200



201

Tocados.

calza larga que se enlaza á las bragas, solada muchas veces, sin zapatos. La propia túnica, larga y desceñida, basta para único vestido á mujeres; sin embargo, los ri-

cos de uno y otro sexo, suelen sobreponerse cota, ajustada y hendida abajo, ó sobregonel á guisa de sotana, sin ceñir, con anchas sobaqueras perfiladas de pieles ó galones. Suple las veces de túnica interior, el brial, cisado por ambos flancos ó á la espalda, lazada su hendidura con pasadores, y cinto encima. Como abrigos anejos, manto ó capapielle asida de fiador, y entre hombres, mantel preso á la hombrera, ó capa encapillada, de largas mangas sueltas. Andando en cuerpo, sin abrigo, la capilla adherida á la cota, servía de cobertura ordinaria. Cubre además la cabeza una cofia peculiar de este siglo, verdadero casquete de tela, con ligaduras debajo el mento, orillado



202

Cofia.



203

204

Españolas.

acaso ó bordado de sedas de colores, que mereció adopción rápida de todas las clases masculinas, y si bien

poco gracioso, medró por comfortable y fácil de avenir con birretes, capirones, morteretes, sombreros, etc. En



205

206

Nobles.

Castilla particularmente, anduvo muy favorecido un bonete alto, redondo, de cogotera y carrilleras.



207

Tocado.

Lo mismo en el interior que en el exterior de España, hombres y mujeres utilizaron la sobrecota, sin mangas, de grandes sangraduras laterales, para lucir el cinturón de las damas, y la rica gona subtánea, á cuyo objeto se llevaba algo recogida. Adornábanla fajas de pieles en orlas, remates y pechera, ó galonaduras en el collar, hombrillos, puños, etc. Fué exclusiva de hombres la capilla, y de mancebos el gonel ó cota interior, y por cubertu-

ras sostuviéronse el capirote, el birrete en forma de concha, de copa, estriado, con bordes etc.; un bonete algo acampanado, que se distinguía entre judíos por una manga adherida, y servía al clero en unión con la almuza; tocas, griñones y velos mujeriles. Calzado regularmente negro, abotinado, tendiendo á aguzarse, como preludio de una nueva forma de polaina.

S. Luís de Francia fué el primero en echarse manto



208

209

210

Ciudadanos.

flordelisado, retenido á los hombros con fiador, sobrepuesta una muceta de pieles. Su mujer la reina Margarita, suele retratarse con un birrete de color oscuro perfilado de oro, y corona tambien de lises. Usábanse en su corte ropas rozagantes, cuellos anchurosos, y aquellos ceñidores de oro que se hicieron poco dignos de su buena fama.

Al adelantar el siglo, desbordóse el lujo, introduciéndose novedades suntuarias como las *polainas*, la *corneta*, el

*sombrero* alto de copa y de alas levantadas, el *frisado* descomunal á la griega, entre mujeres, y por último el *cerbój* ó *birrete vascuence*. Las calzas se ajustaban, corridas hasta la punta del pié: la cota y la sobrecota ó chupa (peto, joppa), se acortaron, se ajustaron ó bien se ensancharon y festonearon; las mangas volvieron á desplegarse, ó al contrario se replegaron, abiertas en pico, ó perdidas desde la sangría del brazo, naciendo á la sazón las *bibillas*;



211

212

Catalanes.

inauguráronse los cuellos, hasta aquella fecha desconocidos, y el puño de la chupa cubrió parte de la mano. Sustituían al manto unos capotillos mangueados, ó abiertos y esmochados, para dejar ver el chupetín. Los nobles asistían al rey con bota encarnada y espuela de oro, y los escuderos con bota blanca y la espuela argentada. No menos antojadizo el sexo bello, echó el resto en adornos,

blasones, telas ricas, corsés desmedidos, velos, tocaduras, dobles túnicas, escotes, botonadas, collares y otras alhajas. Como todos los extremos se tocan, el alto gorro, favorecido de larga fecha, vino entonces cediendo el lugar á un tocado muy bajo, compuesto de vendas rodeadas sobre el anteciptut y á los carrillos. En un principio, sólo el ropón de grandes mangas llevaba impresos blasones de familia, pero después las mangas se abrieron, y se acabó por suprimirlas, como en las cotas de armas, y los blasones invadieron la ropa. El origen de la polaina atribúyese á Enrique II de Inglaterra, quien aunque buen mozo, tenía los piés largos (la palabra *polaina*, equivale á espolón de buque). En la provincia narbonesa, hasta Alfonso, hermano de S. Luís, estuvieron en uso unas anchas togas, de donde vino apellidar *togada* á la misma provincia; más luego cedieron el puesto á unas vestiduras de largos pliegues y ajustadas, con realces de pieles y otros, andando los hombres



213

Dama noble.

afeitados y encapillados. La gausapa, bajo Luís VIII, trocóse en graciosa sobrecota de manga justa y abotonada, larga hasta la cadera, descendiendo después en amplio zagalejo blasonado y coleado. Propia de ciudadanas era una cota justa, á veces ceñida, y sobregonel ó sayapiel con aforros. A las casadas distinguíalas el manto. Las ancianas llevaban ancho vestido, sobregonel cerrado

al cuello, y por tocadura, capilla ó velo. Hacia el mediodía de Francia estilaban las mujeres unos vestidos acuchillados,



[214

Tocado.

de que hay algun parecido en el sarcófago de D. Diego López de Haro, en Búrgos.

Durante la regencia de D.<sup>a</sup> Blanca, fué prohibido á los cortesanas todo distintivo propio de mujeres honestas, especialmente el cinturón. Las disipaciones de fines del siglo, obligaron á Felipe el Hermoso á dictar sérias medidas, entre ellas prohibición absoluta á la clase media, de armiños, coronas, pedrería, etc. (1294).



215

Tocado.

Por igual tiempo, las señoritas alemanas vestían cota angosta de talle y mangas, sobrecota sin ellas, desceñida, con grandiosas sangraduras, y el brazo de color distinto. Las italianas bajo Federico II, apenas se echaban jubón de lana y un faldellín ó brial de seda, siendo entónces las costumbres asáz moderadas. A su vez las florentinas, en 1260, desplegado nuevamente el lujo, honrábanse con un estrecho gonel de paño colorado ó de batista verde, correado al cinto, abrigo forrado de piel de ardilla, y caperuza.



216

Tocado.

Idénticos hábitos que en el resto de Europa durante la primera mitad del siglo, corrían en Inglaterra, según manuscritos reproducidos por el coleccionista Strutt, á saber: cota sencilla para ambos sexos, más ó menos justa ó larga, sujeta con simple cinta, que sostenía puñal y bolsa, ó la espada del guerrero. La sobrecota llevaba capilla y media manga suelta, ó perdida en lengua tira. La gente popular



iba con gonel liso, manguado, ó sayal hasta media pierna. Unos y otros estilaban capa, generalmente tendida, cayendo igual desde las clavículas, ó echada á un lado y rebozada, prendida al hombro y rara vez al pecho. Había también un capotillo para cabalgar, hendido sólo por el lado derecho. Las mujeres, á su gonel ajustado, de manga lisa, agregaban manto de hombros para salir, con toca rodeada al busto, velillo breve, diadema, etc. Las cubiertas masculinas variaban entre sombrero bajo, otro alto y romo, de ancha vuelta para viajes, y la cofia del siglo; bonete encasquetado de carrilleras, bonetes esféricos, más ó menos puntagudos, toquillas, capillas, caperuzas. Por calzado, zapato-botín repuntado y apolainado, ó abierto, con presilla en su mitad.— Distinguía á los obispos la doble túnica propia de su ministerio, con casulla redondeada, de alto collete: el alba tenía ricos bordados en puños, collar y extremos: la dalmática semejaba una cota breve hendida lateralmente, de mangas tiradas. Entre religiosos, siguió el hábito de sus respectivas órdenes, con cuello algo subido.

Una de las primeras leyes santuarias ó represivas del lujo, en la Corona de Aragón, fué dictada por el rey D. Jaime



217

Tocado.



218

219

Magnates.

el Conquistador en 1234, haciendo terminante prohibición de ropas abiertas, listadas, caladas, adornadas de oro, plata, orfrés, orpél, seda repuntada, pieles de marmotas, zebellinas, armiños ú otras escaladas ó recortadas, incluso los tajeles ó aflibales de plata ú oro, salvo de pieles cortadas á lo largo, hácia la capilla de la capa, y las brazaleras y bocamangas de manteles, cotas y garnachas. Tampoco quiso que los soldados, juglares y otra gente



220

221

Clase media.

ruín, llevasen calzas coloradas. Varios fueros y ordenanzas de Castilla, establecían análogos vedamientos, aludiendo á sayas ó bragas, almejias, briales, sayas-pieles, capas-pieles, id. aguaderas, camisas margomes, tocas orelladas, zapatos dorados, pennas hermosas, adovos de granguisa, peñas, aljofares, orfreses, trenzas, cuerdas, bronchas, etc. El orpel y argentpel eran simples filetes de uno y otro metal, que daban al traje delicadísimo realce,

junto con el orfrés, equivalente á galonadura, y con las *antas* y perfiles de piel, que formaban tiras delgadillas por las pecheras y orlas del vestido en ambos sexos, constituyendo adornos muy corrientes de pronunciado sabor *ogival*. Lo mismo cabe decir de las pieles destinadas á franjas y aforros, que se recortaban y sobreponían entre sí, formando vistosos contrastes, mayormente á favor del teñido que algunas recibían, como las *gules* rojas,



222

223

Clero.

aplicadas á golletes, de donde tomaron nombre, dándolo á uno de los colores de la heráldica. Ofrecían los paños gran variedad de muestras y matices, habiéndolos viados ó *bastonados*, *meytadados* (partidos de dos colores), *sobre-sennados* ó blasonados, floreados, *plodos* ó lisos; llevando además *trepados* y *entretayados*, *entalles*, *ferpaduras* (aspas ó picados), orfreses, margomaduras, y otra multitud de labores, que de acuerdo con el gusto ar-

tístico, dieron carácter y cimiento á la fashión de la época.

Atusábanse el pelo los hombres del siglo XIII, en forma retorcida sobre ambas orejas, y arrollado delante en pequeños rizos, ó levantado en copete; las mujeres abollado, desprendido en bucles, retenido con redecillas, y ya sin las largas trenzas del siglo anterior. Legalmente no había distinción entre nobles y pecheros, siendo todos libres de dejarse el pelo á su antojo, salvo las accidentales diferencias de gusto, elegancia y adición de unguentos y pomadas, según posibilidad de los consumidores. Colirios, mudas y pasta de habas, continuaban surtiendo el tocador de las bellas.

Del clero hay poco que añadir. Inocencio IV en 1244, concedió el capelo á los cardenales. La tiara papal formaba un alto bonete cónico, al que sucesivamente se agregaron las tres coronas del Pontificado. Duraba el fausto entre prelados y dignatarios, y la clerecía en general no desdeñó emular con la gente lega, mayormente siendo comunes muchas prendas del traje. El ritual vino mejorando en corrección y ornato, de tal suerte que mereciera quedar por modelo, y acaso con su reversión ganaría la magestad del culto. Los franciscanos fundados por el apóstol de Asís, traían burdo hábito gris, ceñido con una cuerda ó cordon, de donde provino su apodo de *cordeleros*. Los domínicos vestían sayal blanco y cogulla negra. Los carmelitas, traídos de Palestina por S. Luís, usaban hábitos listados de pardo y blanco, por lo que se les llamó *barreados*; más el papa en 1236, prohibió tales hábitos, como poco sérios, fijando sayal pardo y cogulla blanca, no sin resistencia de algunas casas de la orden, que pretendían haber recibido su traje de manos de S. Elias. La secta de los flagelantes, creada en

1260, distinguíase por su ropón exornado con una gran cruz, y el capucho que les ocultaba la cabeza.

*Traje de guerra:* variedad de mallas; casco cerrado, plano ó puntiagudo, amenudo con cimera hiperbólicas; visera de plancha sobre la malla; casquetes de nasal; *camail* ó almófar; grevas de hierro, rodilleras y codales; cotas y escudos blasonados; sobrevestas mangueadas; es-



224

Guerrero.

puelas de roseta, ó acicates atados con correas y hevillas; ricos tahalís, y correaje en muchos casos; lanzas de pendoncillo; caballos encubiertos; ciertos peones con una especie de toca y manta, etc. A principios del siglo fueron generalizándose las canijeras, la cota de media manga, y el velmezo ó sobrevesta, recamada y cubierta de blasones. Felipe Augusto de Francia, después de la batalla de Bouvines, en que corrió grave riesgo personal, instituyó una guardia de corps, siendo originarios de su tiempo los sargentos de armas,

nobles de origen. En 1240 fué adoptada la banda blanca, distintivo del caballero francés. Estos en los combates, solían llevar una espada de repuesto, colgada de un arzón de la silla, y el hidalgo que había asistido á dos torneos, podía ostentar cimera de cuernos. Ya á mediados de este siglo, los alemanes blandían aquellos grandes mandobles que duraron hasta Maximiliano. Para guarecer el casco, estaba en uso el *lambrequín*, á guisa de mantilla recortada. El cinturón ó tahalí, solió colocarse diagonalmente encima de los riñones, hasta fines del siglo siguiente.

La sobrevesta tenía capilla adherida, cuyas dobleces delanteras caían en picos, que insensiblemente se extendieron sobre el pecho. En los últimos años aumentaron las piezas defensivas, conforme las detalla Endo de Rosellón en su testamento de 1298: yelmo de visera, bacinete, perpunte de cendal, godeberto, gorguerin, broches ó rodilleras, gaudichete, trumijeras de acero ó canijeras, quijotes, guanteletes, montante ó mandoble y espadín.

Según el ordenamiento de Sevilla, el Fuero de las Cabalgadas y otros documentos españoles, las tropas castellanas llevaban arnés compuesto de *lorigas*, *perpuntos* y *gambajes*, añadidos *quizotes* ó *velmece*s, y *sobreseñales* divisadas; *brafoneras* ó *canijas* de rodillera, para guarecer las piernas; *brazales*, *gorgueras*, *capiellos*, *cofias*, *casquete*, *almófar*, *casco* ó *yelmo*; *escudos* pequeños ó grandes (*tauleros*, *paveses*), *espada*, *cuchilla*, *misericordia*, *astas*, *lanzas* y *azconas*, *hachas* y *porras*, *ballestas*, *arcos*, *dardos*, etc., *marchando* bajo sus *señeras* y *pendones*. Los *caballos* defendíanse con *lorigas* de malla y *coberturas* blasonadas. En Aragón la *loriga* se llamó *camisol*, subsistiendo el *alsebergo*, con *perpuntos* ó *jubones fuertes*; *espalderas*, *goviones*, *aljubas*, y el resto de armamento como en Castilla. Habíase tomado de los árabes la costumbre de montar á la *gineta*. Los *catalanes* tenían *ballesteros* muy preciados, pero su *caballería* cedía á la francesa.—Como *artificios* y *máquinas tormentarias*, seguían los *fundíbulos* y *bríngolas*, *almajaneques*, *algarra-das*, *ballestones*, *castillos* de madera y otros, expresados en la *crónica* del rey D. Jaime y en numerosas escrituras.

**SIGLO XIV.**

Llegamos al tiempo de las acuminaciones, de las delgadezes, de los mirajes y filigranas por excelencia. El concepto de la forma se ha sutilizado, por decirlo así, sublimado si se quiere, bajo el mismo influjo que guía las conciencias, plantea las instituciones y domina á la sociedad. Este sentimiento, asáz sincero para la inspiración



225

226

Mozalvetes.

artística, es el que erije bajo fórmulas cada vez más alambicadas, catedrales y castillos, insiguiendo el rigor del sistema en sus masas, detalles y adyacencias. Del estado moral y de costumbres, del mismo lenguaje y de la litera-

tura, podría arguirse semejante influencia, que resale sobre todo en las ostensiones materiales, y sobremanera en



227

228

Ciudadanos.

el traje, influído á una vez por lo moral y lo material. Nunca como en este siglo fué más puntiagudo, adelgaza-



229

Traje de luto.

do,afiligranado y recalado, al igual que los arbotantes y crujías del edificio, los pilares del ajimez y las florecencias por do quiera derramadas. Puntas agudísimas en caperuzas, mangas, calzado, tocados mugeriles y armaduras militares; delgadeces colectivas y parciales, en el talle del vestido y sus anejos; calados y trepados prolijos; delicadezas extremas; minuciosidades primorosas, así en riqueza de materia, como en eximiedad de confección; todo lo cual da á aquella indumentaria un sabor muy especial, asombro



de factura, bastante á recomendarle como una de las primeras maravillas en su género, y á redimir las transgresiones de sus propias y frecuentes demasias.



230

Clase media.

La invención del jaque, jaco ó jubon militar, á mediados del siglo, originó en el vestido un cambio trascendental, ya que pasando luego al uso cívico, acabó con el sistema de hábitos lácios, originándolos ajustados, que ya no debían cesar, pues conocida su ventaja, por la ley natural del progreso todas las ropas se hicieron á corte y medida, pasando á la condición de artefactos en manos del honrado gremio de sastres, constituido con anterioridad, pues un serventesio lemosín del siglo XIII, encarece juntamente á los de París y de Lérida. Este adelanto allanó el camino á la caprichosidad de la moda, no obstante varias cohibiciones con que debía luchar, entre ellas la reglamentación sistemática fijada por numerosas ordenanzas suntuarias, que tarifaban los trajes por clases; la semi-vinculación de estos en las familias, que se los trasmitían de una á otra generación, cuanto más ricos y ceremoniosos, y señaladamente las grandes peripecias físicas y político-sociales que por cierto no escasearon en el siglo de que se trata: hubo sin embargo buenas intermitencias, que deslindaron las sucesivas fases de su indumentaria.—La iniciada en 1280, subsistió con poca



231

Clase media.

variación hasta las horribles asolaciones de la peste negra. El traje civil sigue rezagadamente las huellas del militar, sirviéndose de finos paños flamencos, terciopelos venecianos y damascos genoveses, constituido ordinariamente, sobre camisa, gona, jubon ó corsé interiores, de braga ó musleras de tricote, lienzo,



232

Tocado.

pañó, franela, etc., sostenida por ceñidor ó braguero; *calzas* (medias) de igual género y color que la braga, á la cual se enlazaban mediante pasador ó cordoncillo; *zapatos* de badana ó cordoban, los lisos de marro-



233

Tocado.

quí, teñido ó dorado, con punta de polaina, reemplazados en verano por estivales ó borceguíes de terciopelo, brocado, etc.; gonela ó *cota*, equivalente á la antigua túnica, especie de sayal de que sólo se veían las mangas; *sobre-*



234

Tocado.

*cota* ó *cota atrevida*, *sobregonel*, *pellote*, etc., ropa de vestir cerrada, con aberturas abotonadas para cabeza y brazos, mangas también abotonadas hasta el codo, manguillas acabando en punta ó en una lengüeta caí-



235

Tocado.

da (bibilla), y otras sobremangas á guisa de valoncillas; el extremo delantero de la ropa hendido, para facilitar el movimiento, y más adelante para lucir otra ropa interior lujosa; *capilla* y *caperuza* adherentes á la sobrecota, ó separadas de ella; *chapiron* ó *capiroto*, en francés *toca*, compuesto de rodete frontero, con una manga caída y

una cresta levantada, muy enhiesta al principio, y luego encrespada ó abanicada artificiosamente, según las épocas; sombreros cilíndricos, puntiagudos, hemisféricos,



236

237

Damas.

altos, bajos, etc., comunes desde 1320 los de fieltro de varios colores (á los agudos solía adornarles un penacho

ladeado de plumas de pavo real). Indispensables para bailes eran unas coronas de rosa ó de aciano, que ya en 1300 dieron vida á cierta industria especial. Ayudaban á la elegancia del traje unos riquísimos *mantos*, ya sostenidos de hombro á hombro por lar-



238

Tocado.



239

Tocado.

gos fiadores y brochaduras, ya abiertos al lado derecho y replegados sobre el brazo izquierdo, decorados con valona de pieles, dichos *mantos á la real*, conservados después por los reyes, y transferidos á la magistratura

con nombre de togas y epitogios. La capa venía á ser un sobretodo de mangas largas, generalmente impermeable,



240

Tocado.

para guarecer de la lluvia, y que los criados llevaban de reserva en pos de sus señores. Entre mujeres, salvo la braga, corrían piezas análogas, señaladamente briales y la cotardía, que era cerrada á la garganta, amplia, rozagante y ajustada de talle sin ceñidor, ó bien apabellonada y hendida á los flancos, descubriendo la túnica ó el cinturón que calificaba á la persona. Además de sus velos y tocaduras, reemplazaron el anticuado gorro con un cubri-

do á los flancos, descubriendo la túnica ó el cinturón que calificaba á la persona. Además de sus velos y tocaduras, reemplazaron el anticuado gorro con un cubri-



241



242

Damas italianas.

chete ó morterillo de alma de pergamino, cubierto de ricas telas, izares listados, lentejuelas y chucherías de filigrana, alternándolo desde 1310 con el peinado á trenzas, bucles, rizos, etc., y aliñado con cintas, rapacejos, redecillas, frontalera ó cerquillo de argentería, y un pequeño velo

flotante, dicho en Francia *mollequín*. Caracterizaban ya á las viudas sus anchas tocas monjiles. No faltaron desde los primeros años, rigurosos moralistas que declamasen contra las incesantes petulancias del traje, más la verdad es que ellas impulsaron en grande escala las artes y el comercio; mereciendo observarse que en Francia, con especialidad en la desgraciada fecha de 1356, fué cuando se hizo más gasto de oro, pieles, joyería y otras galas.



243

244

Mozalvetes franceses.

Al mediar el siglo, dejóse sentir toda la presión del gusto ojival, ya en el traje urbano, ya en el arreo militar. Entonces los ropones cedieron ante vestidos más airosos y ligeros: la caperuza cayó festoneada sobre el busto, y en larguísima punta por la espalda: el jubón se apañó y merloneó sin exceder de los flancos, bajando desde medio brazo hasta besar la tierra, dejando visible la cota solamente en el antebrazo, donde formaba graciosos pliegues

con abolladura (en francés *mufle*). Adoptáronse calzas de dos colores; plumas en el sombrero; pelo frisado, y barbas de chivo; ropas rayadas de Ruan, que por abuso de los señores, pronto fueron relegadas á su servidumbre. En algunas miniaturas asoman el *redondel* y la *clocha* ó campana, mantos orbiculares, que se afianzaban á los hombros, picados por abajo, y en el mediodía de Francia corrían unos



245

246

Ciudadanos.

forrados de pieles, con nombre de *chape*, prendidos mediante firmalle como la capa coral eclesiástica (también *chape*). Particularizóse en los decenios 5.º y 6.º el cinturón articulado, atravesado sobre los riñones, sosteniendo escarcela y un largo puñal. Constaba ese cinturón de correa ó parche, sobrepuestas unas placas ó planchuelas (platonas) de metal sobredorado, cincelado, esmaltado, etc. Por igual tiempo alcanzaba sus mayores dimensiones la

polaina, que medía á veces doble ó triple longitud del pie, debiendo las más largas atarse con una cadenita debajo



247

Ciudadano.

de la rodilla. Condenadas por la iglesia y por algunos soberanos, entre otros Carlos V de Francia, que dió contra ellas una ordenanza en 1368, nuestro Exímenniz sin embargo, las señala cual novedad en Cataluña hacia 1380. Llena de afección la nobleza, traía el pelo atusado, gruesas cadenas al cuello como las mujeres, aljubas ó jubones cortos de abultada pechera, calzas tiradísimas hasta la indecencia, cada pierna de un color, y dijecillos á sus extremos. Sucesivamente nacieron la *huca*,

*hussa* ó diploide suelto, á fuer de dalmática, con pliegues en lo alto del brazo, unidos á favor de corchetes, galones, pasamanos etc., de uso general en 1370; el *hoquetón* ó sobrevesta, entre civil y militar, que solía ser partido á dos colores y blasonado, y por fin la *hopa* ú *hopalanda*, anchurosa vestidura común á los dos sexos, provista de collete cerrado, y mangas que arrastraban por el suelo, al igual que la cola de esta ropa, prolijamente caladas, guarnecidas y recortadas todas sus orlas. Entónces los ribetes, freses y franjas de oro y plata, cedieron generalmente á las guarniciones de pieles, sin contar los forros de ellas que constituían un lujo exorbitante y ruinoso, pues siendo caras de suyo, entraban por gran número en cada vestidura.



248

Judío.

El duque de Orleans, nieto del rey Juan de Francia,



249

250

Nobles.

gastó en una sola hopalanda 2800 vientres de nutria: el conde de Empurias, compró 626 veros curados para una hopa, á un pellejero barcelonés, año 1380, etc.



251

252

Franceses.



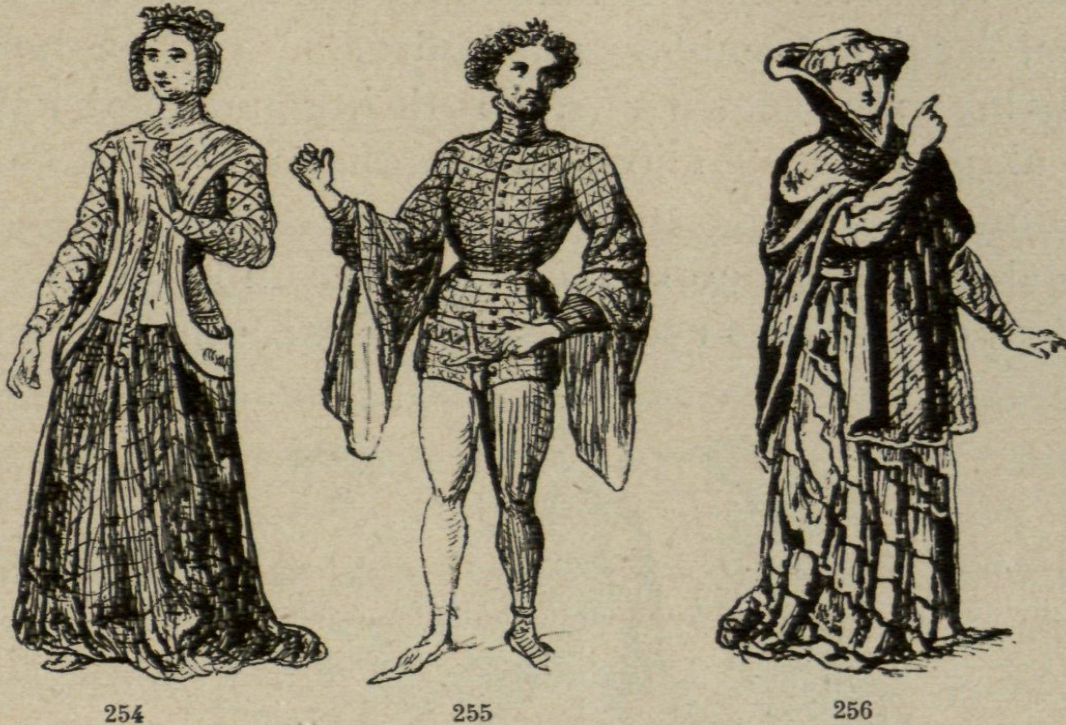
253

Tocado.

Obedeciendo al propio influjo, ganó en elegancia el traje mujeril, ampliadas las sobaqueras de su cotardía, para facilitar el braceo y dar vista á la cota, que iba oprimida por rico cinturón. Encima de la doble tira ó perfil de pieles que, cogiendo desde los hombros, en figura de M, sostenía el holgado faldellín de ricos colores y blasones,



á la derecha los de la casa marital, y á la izquierda los de la mujer, tendíase por delante y detrás un mantelete ó corsé de armiño, apretado sobre el cuerpo con una



254

255

256

Damas y caballero.

especie de ballena, tachonada de oro y pedrería. Siguió en favor el peinado de bucles y rizos, dominando sin embargo el partido en raya, con motas laterales alrededor de las



257

258

259

Tocados.

orejas, ó con pequeñas trenzas á la *castellana*. Para calvicies mal disimuladas y ayuda de postizos, hacináronse rapacejos, randas, y consecutivamente unas cofias acol-

chadas, hasta pasar de exceso en exceso á los escofiones rellenos de estopa y salvado, sobrepuestos á las escofietas, que ya en 1385 componían un armatoste de almohadillas. Completaban el ornato femenino toda suerte de collares, brazaletes, sortijas, ceñidores de pedrería y escarcelas, etc.; objetos las más veces peregrinos de ingeniosidad artística, á que algunas pretenciosas agregaban un bastoncito de puño cincelado.

Acabó el siglo con mayores extremos de picados y recortes, de jubones escuetos, sin llegar aun á la forma de



260

261

262

Italianos.

*gabardina*, de farsetes apechugados y sueltos por detrás hasta las nalgas, de coletos anteados para caballeros, guarnecidos brazos y piernas con un tejido de malla ó con un escamado de cuero hervido y teñido; muy oprimida la cintura, entre nobles por el cinturón de lujo, articulado y resaltado, que sostenía entrepieñas su espada ó daga. Los lombardos ó usureros vestían de dos colores, con agudo bonete de los mismos.

En vestiduras de mujer, su manga justa se prolongó hasta cubrir la mano, y su exquisita sobrecota ensanchó

las suyas hasta el codo, acompañadas de tirillas colgantes. El cabello partido, descendía en apretadas trenzas á modo de esterilla, por ambos lados de las sienes.

Estas modas bastante generales, causaron especial emulación en Francia é Inglaterra, donde muchas de ellas hubieron de iniciarse. En ninguna parte como en la corte de Ricardo II, hubo hopalandas más dentelladas, cuellos más subidos, polainas más largas, frisados más revueltos y sombreros más proeminentes. Los galeses, afectando despreciar el rigor de su clima, llegaban al extremo de vestir solo gabardina ó jubón ligero, con faldetas de varios colores engalanadas de cintas, que posteriormente hicieron furor. Italia sin más cordura, siguió explotando esas novedades con su acostumbrado gusto, sacando buen partido hasta de las extravagancias. Sus mujeres desde 1327, según Musso, estilaban unas vestiduras transparentes dichas *ciprianas*, muy poco favorables al pudor. Villani en igual fecha, atribuye á las florentinas un adorno de grandes tufos y trenzados, de seda amarilla y blanca, que se colocaban sobre la frente en lugar del pelo natural. De los milaneses en 1340, eran propias unas esclavinas y *crosnas* de pieles, los *cabanni* que produjeron el gaban, y la *pellarda* semejante á nuestra pelliza. En 1388 las matronas placentinas lucían mantos nobles, amplios y sujetos al cuello por medio de botones sobredorados, ó presillas de aljofar y piedras, y no llevando capuces, tocábanse con ligeros velos. El traje de las viudas fué igual, pero negro y sin adornos. De magistrados y médicos eran peculiares unos vestidos sérios, de grana y pieles, consistentes en ropón talar manguado, manto abotonado debajo del collete, y capirote. La tosquedad suiza, que en la época de su confederación se re-

ducía á simples coletos, hevillados, abotonados y oprimidos al cinto con bolsa y puñal, se comunicó al vulgo de los alemanes, salvo alguna diferencia en calidad de géneros, anchura de mangas etc., manto conforme al vestido entre hidalgos, andando estos cubiertos con capilla ó birrete, y el pueblo con caperuza. — En aquel país se inventó á la sazón el aguardiente, y de él parece también originaria la adopción de cascabeles para adorno ó realce del vestido.



263

Catalanas.

Las señoras y aldeanas españolas, ponían á sus camisas cabezones y puñales, colleras ó collaradas: atábanse las calzas ó me-



264



265

Paisanos.

dias con ligas: traían corpiños, jubones y guarda-cuer-

pos, sayas, quizás rabigalgas, pellotes, goneles, bria-  
les, garnachas y delantales; mantones, cofias, cabeza-  
les, frontaleras, guirnaldas y coronas, redecillas, tocas,  
prendedores, velos, crespinas, el peinado á la castellana  
en Cataluña, etc. Los hombres vestían jubones y corse-  
tes, cotas, sayales, pellotes y transpellotes, gramallas,  
(ropón que distinguió á los famosos Concelleres catala-  
nes), almegías, sacos, gabanes, hopalandas, manteles,  
capotes, balandranes, lobs, etc.; chapeles, capillos, cha-



266

267

268

Catalanes.

pirones, bonetes, birretes, el cerboj (en francés *tripe*), espe-  
cie de gorro flojo y enfundado, echado para adelante. En  
calzado, además de zapatos, botas, hosas, estivales, bor-  
ceguíes, gambales, polainas, chancletas, zuecos, y las  
rústicas esparteñas y corizas; realzó á nuestras paisanas  
desde antes de este siglo hasta después del xvi, el *chapin*,  
zapato aderido á unas altas suelas de corcho, que las da-  
mas principalmente calzaban para crecerse el talle y darse  
tono. Comunicóse también á Portugal é Italia, y algunos

señores lo usaron á su vez. En este siglo comienzan á formar accesorio de adorno, las plumas enhiestas delante del sombrero, ó caídas al lado del birrete, unas de avestruz ó de águila, otras de pavo real. En calidad de alhajas, y en variedad de géneros y ropas, había ya todo cuanto se puede desear.



269

Catalán.

*Armaduras y armas.* A medida que progresaba la milicia, mejoraba su armamento. En los primeros años del siglo, cambió poco del anterior: alsbergos y dobletes trílices (*doubliers treslis* en Francia), esto es lorigas ó cotas de fina malla para caballeros; otra cota acolchada, hendida por sus extre-



270



271

Militares.



272

mos y blasonada; yelmo cimerado, pintado y barnizado,

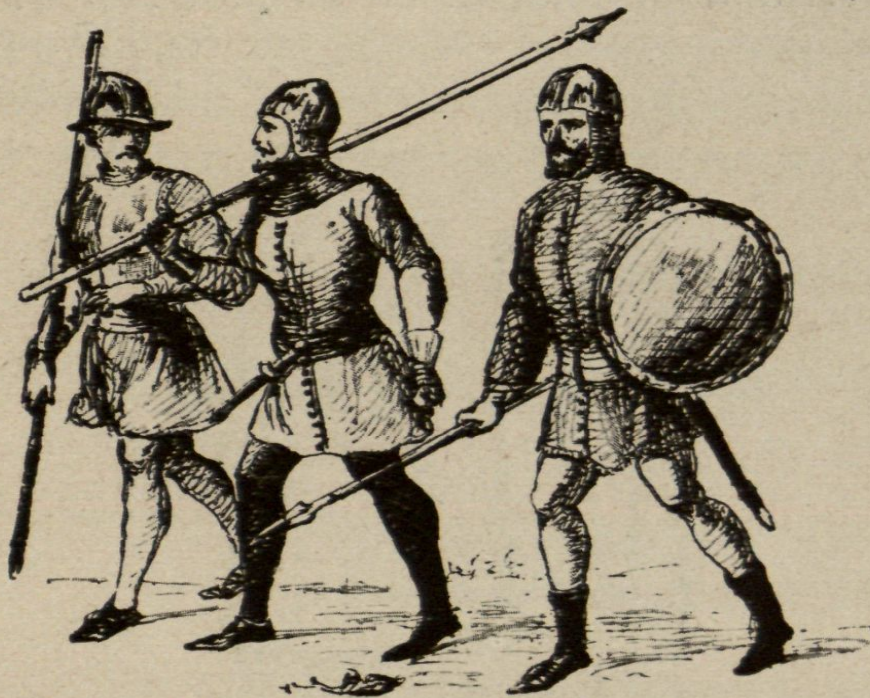
sujeto á la armadura mediante hevillajes, y su lambrequin flotante por el dorso, ó una pieza ornamentaria de fina tela (en francés *achement*); cadenilla asida al peto, para afianzar espada y daga en los combates; canijeras y brazales de plancha; guanteletes de platas, charneladas, y pies de malla, y un pequeño escudo con blasón de familia. Algunas cotas tenían *manicla* ó manga ancha de malla, á veces unida al guante, otras doblada al puño. El ristre era un hierro ingerido en el peto, para afianzar el regaton de la lanza: un *jupel* ó cota holgada hasta los tobillos, empleábase solamente en pasos de armas. Como defensa de los hombros, servían dos piececitas cuadradas y blasonadas, dichas *braceras*, que iban asidas al yelmo por medio de correas. Los siervos de señorío salían en campaña armados cuando más de un colete ó jubón de cuero (coraza), y rodela ó escudo bombeado. A los mercenarios, sargentos ó sirvientes, defendíales el alsbergote, ligera cota de malla, cuyas formas variaban; collarin ó gorjeta de plancha ó escama, oriunda de Italia; una tarja ó rodela, ó bien escudo, con ballesta, arco, javelina, espada y guisarma (el antiguo *gessum*). Entre la soldadesca popularizáronse unos coletes de planchuelas (platas), que se afianzaban con ballenas á tiras sobre tela picada ó cuero, terciopelo, etc. objeto de una industria especial que decayó hacia 1370.

La revolución del armamento precedió á la del traje, en armaduras articuladas, originarias de España é Italia, que coincidieron hácia 1340 con el empleo de cañones y bombardas, ó sea con la aplicación de la pólvora. Acreditóse entónces la *ligera armadura* caballeresca, adoptada luego por los sargentos, que fué de gran utilidad en aquel turbulento período. El alsbergote de fina malla, convirtiéndose en *jubón* ó *jacerán*, equivalencia del antiguo alsbergo, redu-

cido y ajustado al cuerpo, sin mangas, y de 1350 á 1370 fué añadiéndose á esta pieza el *hoquetón* ó perpunte, acolchado y ferrado (claveteado), muy combado sobre el pecho, y ceñido sobre los muslos por un cinturón especial, que tenía dos anillos para la cuchilla y la espada: este cinturón duró desde 1350 á 1410. Las planchas interiores de la coraza llamábanse cangrejos; platas ó planchas guarnecían á brazos y piernas, manoplas á las manos, y zapatillas articuladas á los pies, afectando también exageradamente la hechura de la polaina. Ayudó á esta reforma, en sustitución del engorroso yelmo, el bacinete, provisto de visera ó ventalle levadizo (francés *mezail*) y aderido á la capellina con sortijas ó hevillitas. El escudo barreado, divisado, etc., seguía suspenso al cuello de correa ó tiracol, en concurrencia con la *tablachina*, especie de broquel de medianas proporciones, estrecho arriba y ancho abajo, usado también por la infantería. Las lanzas adquirieron una rodela hácia su empuñadura, para cubrir la mano y ajustarse al ristre, y á las formas de sus largas moharras debieron el nombre de *glavios* (fr. glaives) ó machetes. Por fin, las compañías de gendarmes y tiradores aventureros de pie y de á caballo, sobre adoptar este armamento, introdujeron además el pavés romano, la celada española (capacete con una gran plancha que guardaba la nuca), los jaques ó perpuntes de cuero, de ante, de picado, etc.; los talabartes de badana, las ballestas de calzapie, las hachas de armas, los antiguos javelotes, las plomadas y porras etc. Aquellas armaduras compuestas de piezas diversas de hierro, que se ajustaban entre sí y cubrían al guerrero como un estuche, se llamaron de punta en blanco ó pleno arnés, usado en Italia desde 1315, según un reglamento de Florencia que fija por armas de



caballeros en campaña, casco, plastrón, guanteletes, qui-jotes y canijeras, todo de hierro. En Francia é Inglaterra prevalecían aun cota de malla, bacinete cónico de visera, y planchas sobrepuestas á los miembros extremos. Un inventario de 1316 señala testeras de caballo. El perfeccionamiento de la ballesta, que alcanzaba casi la potencia de una arma de fuego, exigía cada vez mayores reparos defensivos, y de ellos fué saliendo la armadura total. Pero



273

274

275

Milicia.—Catalanes.

esta necesidad acreció al aplicarse la verdadera pólvora, de que ya, según indicaciones, hacían uso los árabes en el siglo anterior, diferente del fuego griego conocido de los bizantinos en el x, y aunque imperfecta y menos dañosa que ruidosa, durante sus primeros ensayos, bien pronto se conocieron todas sus ventajas, ya para defensa de las plazas, ya para ataque de ellas, y por fin en los combates á campo raso, iniciándose según autores franceses en tiempo de Felipe de Valois, año 1338, si bien hay datos de ha-

berse anticipado en nuestra guerra nacional. Con ella cambiaron radicalmente no sólo el sistema de armamento, sino el bélico y el estratégico, en las formas y medidas que de la hilación histórica aparecen.

El traje doméstico del clero, no prescrito por los cánones, sufrió el contagio de las modas profanas, según convencen numerosas y reiteradas prescripciones conciliares de este siglo y del siguiente, contra prelados ricos, que singularmente abusaban en tal materia. Los benefi-



276

277

278

Clerecía.

ciarios ó perceptores de rentas canónicas, dábanse el tono de verdaderos príncipes: barbas crecidas; traje corto; calzas de colores; zapatos de polaina; velvetes, brocados, récamos, perlas, forros de pieles, todo lo ostentaban á porfía; y sin embargo, estábanles prescritas las ropas talaras, sombrías ó negras, y la capa de anchos pliegues, no *alada* ni de mangas. El bonete comenzó á fines de este siglo, bajo una hechura alta y aguda que se comunicó á

los laicos. Tampoco los clérigos españoles pecaban de recatados, mereciéndose frecuentes censuras, á semejanza de la impuesta al clero de Tortosa en 1388, con que se le prohibieron los hábitos ya breves, ya rozagantes, escotados, de colorines, abotonados pecho abajo etc. Prohibiéronseles asimismo botonaduras en las ropas exteriores, gramalla, sobrecota, tabardo y otras. Su cota no debía llevar alta gorguera, ni manga ancha y flotante á modo de aljuba, pudiendo sujetarse á lo más con seis botones. Los zapatos debían ser justos y no boquiabiertos, acuminados ni repuntados.—La vestimenta ritual recomendóse en cambio por la gracia del corte y el primor de su ornamentación.

Entre muchísimas pompas cortesanas, ocurrió en la consagración de Carlos VI de Francia, año 1380, la novedad de servirse la mesa por pajes vestidos de brocado y oro, montados en caballos cubiertos de gualdrapas hasta el suelo.



**SIGLO XV.**

Llegó á tanto la exigüidad, que el traje se hizo afectado y en cierto modo ridículo, viniendo á perder mucho de su nobleza anterior, y aún de su apostura rumbosa, aunque destartalada, del finido siglo. Aquellos altos bonetes del xv, aquellas calzas escurridas, y cuerpos no menos escurridos



279

280

Clase popular.

y derrengados, con sus cuellos altos y mangas de hombreras; daban á los varones un aspecto de fantoches, que no tardó en comunicarse á las hembras, por medio de sus talles oprimidos, mangas angostas, faldas aplanadas, desnudas pecheras, y sobretodo la arrocada tocadura que

se transformó en un verdadero cucurucho. Estas no-



281



282

Clase media.

vedades incóngruas, duraron más de medio siglo, des-



283

284

285

286

Ciudadanos franceses.

de 1420 á 1470, con identidad en todos los países, los

cuales aportaron á ellas su respectiva contingencia. Ci-

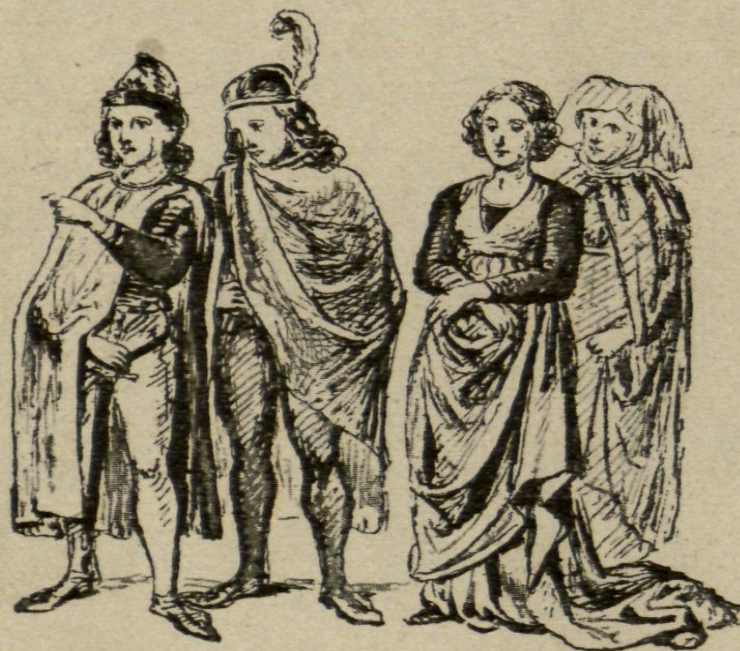


287

288

Ciudadanos.

taremos por ejemplo á los catalanes, que habiendo adqui-



289

290

291

Nobles.

rido importancia en el continente y en las regiones de

levante, ya de algún tiempo ejercían su influjo sobre ellas; caso raro, nunca más repetido en la historia. En efecto, por la fecha de 1340 imponían sus modas á Italia, según Capmany citando á Muratori, con referencia á unos embajadores venecianos que se presentaron en Verona, *vestidos á la catalana*.

Esto nos hace sospechar que la característica gorra del país, propia de la marinería durante 400 años, lejos de proceder de Italia como algunos autores suponen, nació en el mismo, donde todavía sigue arraigada, y él la comunicó á las regiones levantinas que alimentaban su comercio, habiéndola tomado seguramente



292

293

Milicia.



294



295



296

Tocaduras.

de la capilla, tan vulgar en el siglo anterior, ó del sarboj nacido á fines de él.

Entretanto, á las sucesivas amplitudes y estrecheces de este, siguió desde 1380 á 1420, una exageración desmedi-

da de ambos extremos. El jubón ó perpunte, así dicho por parecerse al militar, formando un simple corpiño (cor-



297

Tocado.

set) ajustado ó libre, heredero de la cota, vergonzante aún en 1380, emancipóse del todo diez años después, y reinó ya libremente en lo sucesivo, llevando con frecuencia anchas mangas cerradas al puño, llamadas de alforja. A los cinturones solía agregarse una abultada escarcela. La hopalanda, de innegable procedencia italiana, adoptada en igual fecha, también

se generalizó para neutralizar la indecencia del restante traje, acompañada de cintas metálicas, á veces de oro y plata, llenas de colgajos y cadenillas, acaso cascabeles;



298

299

Damas italianas.



300

301

Damas francesas.

y sobre el busto una especie de collera ó paletina, sobrepuestos veneras, collares y jaceranes. No reinaron menos el cerboj ó gorro frigio, y el birrete ó casquete vas-



cuence, que era de pelo, con adorno de perlas en el borde delantero. El capirote ó toca, cambiósse en verdadero turbante, figurando una manga revuelta á la cabeza, de cuyos extremos la *corneta*, se encrespaba al lado izquierdo, y de otro la *chía*, desprendíase del borde derecho en forma de larga tira. Entre galanes era bastante común atravesarse bandas, con los colores de su dama. Las donosas vestiduras mujeriles ya conocidas, subsistieron largo tiempo, pues se transmitían de madres á hijas, y hasta se alquilaban en ocasiones de ceremonial. Entre ellas prevaleció la hopalanda, larguísima de mangas, rozagante y cumplida de falda, hasta el ancho de 5 á 6 varas, ceñida al cuello, sujeta por el antiguo cinturón de la cota, que se elevó hasta debajo del seno, de una manera chavacana. Conservaron el cerboj ó tripa de



302

Tocado.



303



304



305



306

Cuberturas.

red de malla, que formaba una tocadura ligera y abultada, si bien dando preferencia á los fronteros ó almohadillados, en figura de corona, corazón, mitra hebrea, orejas, toldillo, etc. En Francia, la galantería de Isabel de Baviera dió mayores creces á ese lujo exagerado, que parecía insultar la miseria del pueblo, tendiéndose sin

medida las colas y las mangas, rasgándose los escotes, y elevado el frontero en cono piramidal, llevando velos copiosos, doblados en su punta ó desplegados libremente. Atajado sin embargo el movimiento lujoso en Francia durante las guerras de Carlos VII (1420-30), hubo de refugiarse en Borgoña, donde la corte de Bourges le dió acogida por espíritu de rivalidad. En una requisitoria dirigida contra la célebre Juana de Arco, se describe el traje vulgar, compuesto á la sazón de camisa, bragas, jubón ó chupetín mangueado y redondeado; calza tirada, que se atacaba al chupetín con agujetas; zapato bien solado, lazado delante, abierto ó con vira en su entrada; husa ó bota justa, provista de largas espuelas; ceñidor sosteniendo espada y daga; sombrero ó capirote. A la hopalanda, que engendró el gusto por los cuellos altos, sustituyéronla una ropeta ceñida, bajando



307

Noble catalan.

ó capirote. A la hopalanda, que engendró el gusto por los cuellos altos, sustituyéronla una ropeta ceñida, bajando



308



309



310



311

Tocados.

en pliegues hasta la rodilla, y manguilla colgante; el tabardo, importado por los ingleses en 1415, especie de dalmática por estilo de la husa de tiempo de Carlos V, y

el hoquetón ó huca, á manera de blusa corta, desceñida, sin mangas, ó de holgada manguilla. Desde 1435 á 1440, el jubón agregó á lo alto de las suyas, bastante henchidas, una descomunal armazón ó rodete postizo, llamado *mogote* (francés *mahoi-tre*), cuyo primer objeto fué aparentar anchas hombreras, á la moda italiana. Privaba el cabello largo, algo cercenado sobre la frente, no sin excepciones, como la del duque de Borgoña Felipe el Bueno, que introdujo el cortárselo, en 1461, á consecuencia de una enfermedad. El mismo era aficionado á los patines, utilizados de algún tiempo con zapato ú otro calzado, ya para andar por barro, ya



312

Noble castellano.



313



314

Caballeros catalanes.



315



316

Clase media en Francia.

para darse elevación, como sucedía con el chapin espa-

ñol. También por entónces las calzas adquirieron bra-



317

Catalan.

guetas, ó unos encajes entre piernas, engalanados de franjas y lazos, y los sombreros se aliñaron exageradamente con crestas ó volanillos muy recortados, trencillas, dijes y joyeles. A imitación del sexo feo, en el mismo período, las bellas cercenaron excesivamente sus trajes, llenándolos de bordados, á saber: vestido de embudo, con larguísima cola; cintura debajo los sobacos; pechera abierta; cuerpo de manga muy justa, terminando en unos puños largos de piel ó seda, llamados *portapi-sas*, que desdoblados se extendían sobre las manos; altísimo cucurucho por tocado, ocultando el cabello que se recogía en moño sobre la cabeza, asomando solo

unos pequeños rizos. El cucurucho ó chapiron, adoptado en Francia por la reina Isabel, en competencia con las damas borgoñonas, fué importado en Flandes el año 1430,



318

Bonete.



319

Sombrero.



320

Gorra.



321

Capirote.

con nombre de *hennin* y con aparato de adornos (*atours*), entre ellos los *couvrechefs*, juego de velos formando muchas dobleces y cabos flotantes: en España formó el *ro-*

*cadereo*, estilado algo más adelante. Inés Sorel primó aún



322

323

324

325

Ciudadanos.

Clase popular.

sobre Isabel de Baviera, dando al chapirón proporciones, exageradísimas, y á las modas de su tiempo un carácter de verdadero frenesí. Hacia 1450, ciertas damas viudas consagrábanse á la reclusión en traje mongil de ropón negro, sin ceñir, forrado de veros, toca de barbeta, chapirón, manteleta ó manto, y nada de sortijas ni guantes en las manos etc. El luto blanco era entonces privativo de las reinas viudas.

Fenómeno ordinario de la moda, principal agente de sus mudanzas, es la exageración. Aparece una novedad que choca, porque tiene sabor y gracia de origen, pero sus imitadores se esfuerzan en darle re-



326

Dama catalana.

lieve, y extremándose gradualmente, acaba por ser monstruosa y ridícula. Así ha sucedido modernamente con los



327

Cubertura.



328

Tocado.



329

Tocado de guerra.

miriñaques ó polizones, y sucedió en todo tiempo con las diversas piezas del traje y sus agregados, y á medida que avanzamos en la historia, casi con igual versatilidad



330

Clase baja



331

332

Viuda y Doctor.

que en nuestros días. Por eso, en el período de 1460 á 70, llegan á trocarse las leyes naturales de formas y proporciones humanas, bajo la presión de los cuellos, de los jubones, de las cinturas, de las calzas, de los zapatos, hacien-

do de hombres y mujeres una especie de muñecos, que en cualquier otro tiempo hubieron causado grima. La camisa empezaba á asomar por un agujero del codo, primer indicio del lujo de ropa blanca, que no debía tardar en apoderarse del abdómen, de los hombros y aún de los muslos, para situarse en el pecho. El perpunte cada vez



333

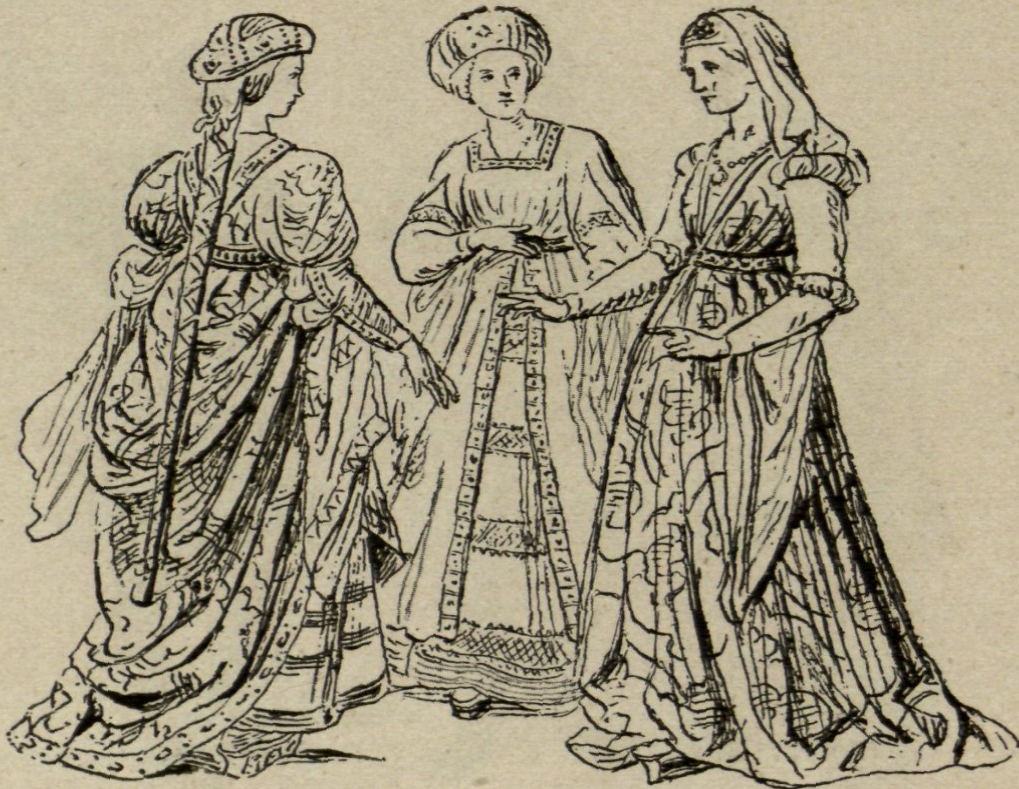
334

335

Hidalgos españoles.

más menguado, de raso, brocadillo ó terciopelo entre gentilhombres, rebosaba en volumen de hombreras, con la novedad de rasgar sus mangas por la parte de debajo. Las piernas parecían dos remos, comprimidas por unas calzas justísimas, que nada ocultaban: felizmente el calzado de polaina iba limitándose, aunque todavía duró algunos años. Promiscuaban con este avío unas anchas sayas ó batas de cuello y mangas espaciosas, ceñidas ó no, y largas hasta los zancajos. La gente rica se

echaba multitud de dijes, collares y cadenas. En complemento de verticalismo, ideáronse unos bonetes altos de á cuarta y media, cuya cima algo floja simulaba cuatro angulosidades, que exagerándose á la larga, dieron su extraña forma al clerical: esos bonetes, además, dieron origen á los sombreros de aguja. Por contraste, aquellos



336

337

338

Señoras castellanas.

otros sombreros valumbosos que los doctores y otros varones de pró, habían conservado en señal de autoridad, pasaron de golpe entre profanos, á la reducida dimensión de *morteros*, á semejanza del birrete, adornados como este de medallas, cadenillas, plumas y pedrería. El birrete ó toquilla á su vez, era llevado por los pisaverdes, algo derribado sobre la oreja, y por otros sujetos, calado debajo del gorro ó sombrero. Hacia 1480 decayeron del todo las hombreras, para ceder su puesto á un





339

340

Clase popular.

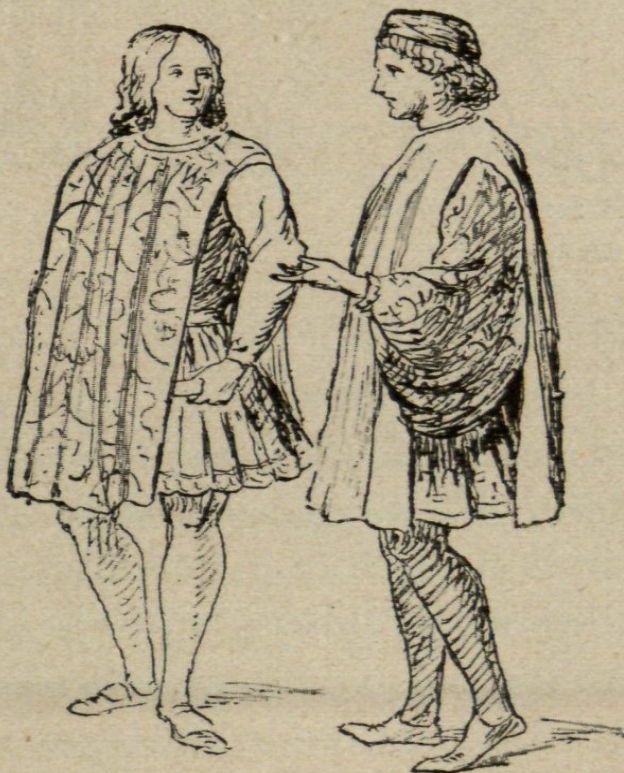


341

342

Italianos.

hinchamiento más natural, que resultaba del contraste del



343

344

Nobles italianos.



345

oprimido talle con la expansión de la collera, sustituyen-

do al cuello una valona, primer anuncio de las reformas del renacimiento. — Durante este período, llevábase el pelo caído y lácio, por delante hasta los ojos, y por los lados y detrás hasta el cogote, á la *mercadera*, así dicho por usarlo algunos traficantes y en especial los labriegos;



346



347



348

Flamencos.

pero luego tomóse de los italianos el extremo contrario de rizarlo y atusarlo con hierro.

La tocadura mujeril, cansada de aguzarse, se hendió como mitra, ó bifurcó y trifurcó, siempre bellamente aliñada, sosteniendo un velo que flotaba como bandera hasta el suelo, acompañada de una viserilla que cubría la frente. Las damas aragonesas usaban velos de varios colores, y se los apuntaban sobre el pecho con alfileres cabeados de oro. Oprimía el talle una pretina (*tejillo*) ó cinturon ancho de un palmo, amechando el vestido por debajo del seno y por la espalda. A la peletería del falde-

llin, solía reemplazar un rodapíe de terciopelo, y el mi-riñaque despuntaba ya para abultar las caderas, con el indecoroso nombre de *albarda* y *albardilla*, según un pregón del Concejo barcelonés. Llevaban asimismo las damas catalanas, unas graciosas zamarras largas hasta la cadera, cerradas al cuello y con braceras; cotes empuñados, pordemases forrados de raso, con orillas de pieles, gramalletas, clochas, abrigales, monjiles y capuchas;



349

350

351

Alemanes.

gandallas, beatillas y velos; ricos parches sosteniendo bolsas de seda, guarnecidas de flecos y cantonadas de metal; guantes, pañuelos, lindos rosarios, alhajas en profusión, y á menudo un falderillo al brazo. De hombres eran el farsete, el jubón, el guardacuerpo, la marlotá y la chaqueta; sayos, goneles, cotas y gramallas; ropones, bernias, tabardos, clochas, balandranes, mantos, capas y capuces; cubriéndose con chapeles, birretes y bonetes, carmañolas (carmellonas), y calzando zapatos ó soletas, borceguíes, estivales, escarpines, pantuflos y

zuecos. La mayoría de estas piezas fueron comunes á los demás reinos españoles, incluso Navarra y Portugal, prevaleciendo en ellos sin embargo, jaquetas y marlotas, sayos y gabanes, ropas, hucas, tabardos; capirotos, caperuzas y bonetes para hombres: para mujeres, sayas y sobresayas, faldetas, ropetas y ropas, ceñidores ó tejillos, monjiles, mantillas, capas, mantos de contray, alhames,



352

353

354

355

Alemanes.

tocas y toqnillas, alfardas, tocados de impla, garvines, albanegas, etc., estilando ya moscaderos y guardasoles. En 1450 se dictaron prohibiciones por abuso de ropas de seda, oro y lana, forros de marta y pieles semejantes, ricas guarniciones de oro, plata, aljofar y otras de gran valor. Prohibiéronse así bien en 1490, los brocados de oro y plata, los rasos de pelo, los bordados ó broslados de ricos metales, los dorados etc. Mas adelante fueron otra vez proscritos los brocados y sedas, los chamelotes de id., los zarzahanes, terceneles (tercianelas) y tafetanes, las chaperias de oro y plata de martillo, salvo ciertas es-

cepciones en favor de los caballeros. Había paños de diversos matices y calidades, rasos, damascos, terciopelos y granas, courtrays, lillas, ruanes, velartes, divianes, bureles, frisas, bérteras, sayales, bocaranes, bayetas, etc.

Los italianos de últimos del siglo, no menos jactanciosos que sus vecinos, lucían jubones de abultado peto, manga estrecha hasta la muñeca y acuchillada, con forros de color vivo, igual al de la ciudad ó bandera de los señores; abrigos livianos; el cabello muy atusado, con tocaduras proeminentes en los dos sexos, etc. Entre alemanes fué análogo el traje, y común á hombres el pelo largo, y rizado, de modo que hasta 1481 no dieron á cortárselo algunos príncipes, y también en Polonia fué exorbitante el lujo desde la fecha de 1466. Inglaterra seguía haciendo la competencia á Francia. Los Países Bajos, enriquecidos por el comercio, desde medio siglo ejercieron una influencia casi europea en tono y riqueza de vestir, según se ha visto ya por algunas modas que comunicaron á Borgoña, y de allí á París y á otras capitales. Por la magnificencia de tapices flamencos popularizados desde aquella fecha, cual lujo el más exquisito en cortes y palacios, cabe juzgar de la de trajes, que nada ceden á lo más espléndido y suntuoso de otras naciones, y que de seguro fomentaron grandemente las esplendideces y suntuosidades del Renacimiento.

En el traje de guerra, á principios del siglo, no ocurre



356

Tocadura.



357

Tocadura.

más novedad que la definitiva adopción de la *coraza*, compuesta al principio de fojas, planchuelas ó anillos de hierro (en francés *plates* ó *faudes*) claveteadas unas sobre



358

Ballestero.

otras; pero bien pronto las sustituyeron dos planchas batidas, que componían el peto y el espaldar, descendiendo las fojas á guarecer riñones y muslos, juntándose á los primeros mediante una estrecha correa. Sin perjuicio, siguió con más lujo que nunca el cinturón articulado, atravesado sobre las caderas, sosteniendo espada y misericordia. Algunos de los antiguos accesorios de malla, fueron sustituidos por otros en piezas, como las pretinas ó gocetes en hombros y ro-

dillas, y las tacetas ó tejas en el nacimiento de los muslos. Adoptáronse canijeras sin zapatilla, por ser ésta incómoda, sustituida ventajosamente por estriberas cubiertas, llamadas de pie. Las sillas de montar, muy altas de arzones, tenían por ambos lados dos grandes planchas, destinadas á proteger las piernas del ginete. Defendían asimismo al caballo varias piezas plancheadas, testera, pechera, gurupera, etc. Las guerras incesantes en Es-

paña y en otras naciones, llevaron á su apogeo la opulencia militar desde el segundo tercio de siglo, con el arnés completo del hombre de armas, compuesto de celada navarra, sucesora del bacinete, tomándole la visera,



359

Caballero.

y alternando con el almete, más liviano; gorguera ó alza-cuello, golorones y gorguerin; coraza, formada regularmente de cuatro piezas, encajadas unas en otras para más facilitar el movimiento; flanqueras ó planchas que cubrían los flancos ó riñones, agregándoseles á fines del siglo unas escarcelas ó piececillas inferiores, como defensa de las bragas de cuero ó del faldellin de malla; brazales, gambales y canijeras ó grevas, con descomunales guardas y doble guardas en codos y rodillas; guanteletes ó manoplas, y zapatilla-polaina de hierro, con enormes acicates. En Baviera, una polaina agudísima, encajada en la bota, servía de arma mortífera contra la caballería enemiga. Así el jinete como su montura, traían además ciertas guarniciones que acrecentaban su realce, entre ellas la jórnea (en francés *journalade*), especie de camiseta que se adhería á la coraza; las mochilas ó caparazones y sillas ricas; los vistosos arreos, testeras y retrancas; los pendoncillos, plumeros y divisas. La alta nobleza desplegaba en esto gran boato: el caballo del conde de S. Pol, en el sitio de Harfleur (1449), traía un jaez de oro, valuado en 20,000 coronas, y el del conde de Foix, en la entrada de Bayona, lucíalo de pulido acero, con oro y pederería, por valor de 15,000 coronas de oro. Llamábase arnés blanco, ó armadura de punta en blanco, la compuesta de hierro ó acero pulido (fabrido), habiéndolas para justas y torneos pavonadas, barnizadas de colores, doradas, incrustadas y esmaltadas, sin que todavía se usase



360

Cuadrillero.

adamascarlas. Nada bastaba á la esplendidez de estos juegos de armas, en que cada caballero, con su acompañamiento, formaba una verdadera y vistosa cabalgata. Los peones solían armarse de celada, coraza ó media coraza, dichas *plastrón* y *brigantina*, con piezas sueltas en piernas y brazos. Algunos, debajo del plastrón de hierro, poníanse colete de ante ó jaco (jaque, antiguo hoquetón), y la brigantina ó coraci-  
lla de piel, tenía sobrepuestas escamas, planchuelas ó clavazón de metal.



361

362

Milicia española.

En la galería de los condes de Holanda se guardan unos petos bombeados, que merecieron aceptación en la segunda mitad del siglo, al igual que las corazas y los quijotes acanalados, los petos festoneados, y un juego de tejillos más ó menos largos al confín de la coraza. Pedro, duque de Bretaña, mandó á sus hombres en 1450, que caso de saber manejar el arco, llevaran brigantina, ó de nó *guisarmas*, buenas celadas, arneses de pierna, un cuchillero ó mozo, y dos buenos caballos. La guisarma venía á ser una hacha de dos tajos, y la cuchilla (*coustille* en francés) una espada desceñida y larga, cuadrada y de tres filos. La celada, genuina de este período, formaba un simple capacete ó timbre, con larga pescozera, cubriendo parte de los hombros, habiéndosele añadido después una visera rejillada, que poco á poco abarcó todo

tina, ó de nó *guisarmas*, buenas celadas, arneses de pierna, un cuchillero ó mozo, y dos buenos caballos. La guisarma venía á ser una hacha de dos tajos, y la cuchilla (*coustille* en francés) una espada desceñida y larga, cuadrada y de tres filos. La celada, genuina de este período, formaba un simple capacete ó timbre, con larga pescozera, cubriendo parte de los hombros, habiéndosele añadido después una visera rejillada, que poco á poco abarcó todo



el rostro. Esta celada de visera fué muy corriente en Alemania. Después, sin mudar de nombre, sufrió gran cambio con la adopción del *encaje* ó *barbote*, que la completaba por la parte inferior, asentado sobre un cordón grabado en la coraza. Otro casco, dicho *casquete*, remataba por delante en un gran pico, para defender el rostro.

La ballestería en muchas huestes, fué un cuerpo de



363

364

365

Milicia española.

gran potencia, sobresaliendo la genovesa y también la catalana: su arma, rayando á la última perfección, constituía una verdadera máquina forzada, cuyo recio arco de acero se montaba, puesta el arma de cabeza al suelo, sujeta con uno ó dos piés por medio de una argolla que había al extremo de ella, para la operación de tender la cuerda con ayuda de manubrios, poleas y garfios, á que llamaban ballestas de torno, de ganchos, de uno y dos piés (en Francia *cranequins*), etc. Otros cuerpos fueron

organizándose sucesivamente, ya por especialidad de destino, ya por analogía de armamento, mediante sueldo.

Así se formaron los guardas de Castilla y los bacinetes en Francia, la gerdarmería de á caballo y los archeros francos, con traje convencional que tendía al uniforme. Estos últimos, desacreditados en breve por sus fechorías, no obstante los esfuerzos de Luís XI, tuvieron por sucesores los suizos, de formidable reputación entónces, y



Franceses.

algunos cuerpos voluntarios. Miéntas Luís XI, y después los Reyes Católicos y Carlos VIII de Francia, disciplinaban el ejército, extirpando de él el lujo, Carlos el Temerario de Borgoña lo propagaba en el suyo hasta el delirio: jaques elegantísimos, anchos tabardos de telas preciosamente recamadas sobre el arnés, bandas, arabescos, perfiles al agua fuerte y clavazones de oro en las piezas de hierro. También los militares estilaron aquellas hombreras redondeadas del traje civil. Gozaban ya reputación las armas milanesas, según un pedido que de ellas

hizo el conde de Derby (después Enrique IV de Inglaterra), cuando se preparaba contra el duque de Norfolk. Acreditáronse no menos los yelmos zaragozanos y otras armas españolas, las ballestas catalanas, las espadas y lanzas de Tolosa y Burdeos, los cascos de cuero de Montauban, etc.

Ensayada tímida é imperfectamente la artillería, se desplegó con rapidez desde los primeros ensayos de bombardas, uno de los cuales, históricamente comprobado, lo fué por la escuadra de D. Pedro el Ceremonioso contra la de D. Pedro el Cruel, dentro el puerto de Barcelona, año 1359. Juan sin Miedo, en 1411, atacó á París con numerosos ribaldequines, especie de ballestones tirados por un caballo: en el sitio de Dunleroi se utilizó una máquina cargada de pólvora, que vomitaba gruesas piedras. Había cañones de mano, compuestos de un tubo de hierro para arrojar pelotas de plomo. La artillería de Carlos VII era brillantísima, según decir de los autores contemporáneos; y ella jugó buen papel entre nosotros en todas las conquistas del reino granadino. En Italia, al finalizar el siglo, fué inventado el arcabuz de resorte (de clic) y de perrillo, que sustituyó con ventaja á los cañones de mano, generalizándose luego durante las grandes guerras de la época.

